

—Aun no las he visto.

—De veras, exclamó Montalt, sois el rey de los amantes fieles.... Lo cierto es que se ocultan como dos coquetas: no serán otra cosa, no. Pero sin embargo, yo no tengo ninguna razon de conciencia para dejar de mirar cuanto se pone delante de mis ojos: he podido distinguirles perfectamente mas de diez veces desde Rennes.... ¡Ah, mi jóven amigo! mucho dudo que vuestro ángel y su hermana tengan tantos atractivos como las dos que van delante.

Enrique se encogió de hombros.

—Os digo y repito que son dos perlas, angelicales criaturas!... No podeis figuraros su belleza... Tan pronto veo sus grandes y hermosos ojos preñados de lágrimas, como distingo vagar por sus labios de rosa una sonrisa encantadora.... Lloran como Magdalenas y se rien como locas. Que lloren ó rian, es lo cierto que son deliciosas! Paciencia.... En cuanto lleguemos á Paris confio verlas mas de cerca.

—¡Cómol... dijo Enrique con tono de reprension.

—¡Eh, amigo miol.... exclamó el nabab, vuestra austeridad raya ya en grotesca. Si no soy yo, será algun maldito estudiante del barrio Latino ó algun pobre dependiente de comercio. El dependiente y el estudianto despues de un mes de orgía á veintidos cuartos las dejarán desapiadadamente arrastrarse en el fango....

Yo despues de una semana deliciosa y adornada

de Champaña, las abandonaré ricas, felices....
¿Cuál vale mas para ellas?

—Pero si son virtuosas!....

El nabab soltó la carcajada, y apretando el brazo de Enrique exclamó:

—¡Miradlas! ¿las veis?

Las dos jóvenes de la competencia acababan en efecto de bajar la tablilla en forma de persiana para respirar un poco de aire fresco, y mostraban á la vez sus rostros graciosos y risueños; pero en el momento en que Enrique se inclinaba á mirar para obedecer al nabab, volvió el carruaje la esquina de una calle, desapareciendo con él las dos jóvenes.

Montalt dió una patada con impaciencia.

—Los enamorados platónicos, murmuró, tienen ojos para no ver y oídos para no oír.... Habeis mirado tarde espresamente, Enrique; ¿tanto miedo teneis de faltar á vuestros juramentos de constancia?... pero no importa.... todo no se puede hacer en un dia.... ya veremos.

La diligencia se detenia en una calle sombría de la antigua ciudad en el parador donde debian cenar los viajeros y pasar la noche.

Escusado nos parece decir que Montalt y el jóven pintor cenaron juntos; eran dos ins-parables. Durante la cena no se disputó mas que dos ó tres veces, y Montalt bebió sin demasiada ironía á la salud de Diana y Elena, y aun á la de Roger, el Pilades ausente.

Enrique acababa de retirarse á su habitacion pa-

ra acostarse. Durante todo el día había estado bajo el imperio de una especie de fascinación. Entonces que se hallaba solo procuraba, pero en vano, despojar á Montalt de su extraño prestigio y juzgarle friamente. Montalt no podía ser sujeto á ningun exámen; su imágen, evocada, aparecía á la imaginación de Enrique aun mas fugitiva y caprichosa que la misma realidad.

Enrique hacia inútiles esfuerzos por fijar este fantasma: veíale á la vez bueno, malvado, generoso, sincero, engañador, y mil otras cosas imposibles de conciliar: le amaba y le maldecía, le temía, y entonces casi había ganado la partida el nabab, porque no se pensaba ya en Diana ni en el castillo de Penhoel.

Enrique se paseaba por su habitación repasando en su memoria todas las fases de aquella larga conversación que sucesivamente le había asustado, indignado y encantado. Detúvose en medio de su paseo.

Llamaban vigorosamente á la puerta.

—Algun otro capricho, pensó Enrique.

—¿Qué quereis, milor? dijo.

No fué la voz del nabab la que contestó.

—Soy yo, Enrique, gritaron al otro lado de la puerta.... ¡Abre prontol.... me rinde la fatiga.

Enrique se apresuró: no podía dar crédito á sus oídos. La puerta se abrió: Roger estaba en sus brazos.

—¡Yal.... dijo el jóven pintor cuando hubo pasado la primera emoción y pudo hablar.

—Pobre amigo mio, replicó Roger.... lo habeis adivinado.... me han echado como á tí.... Pero está tranquilo... tu comisión ha quedado hecha... Antes de partir he escrito á Elena una larga carta.... y Dios sabe que le hablé mas de tí que de mí.

—Gracias, dijo; ¿pero podía creerse que se realizaran mis temores tan pronto?... Tú, mi pobre Roger, tan amado en el castillo de Penhoel....

—Me amaban, así lo creo, y yo quiero á los señores del castillo, aunque he debido defenderme todo el tiempo posible de las asechanzas de los extranjeros.... pero ahora no tienen ya fuerza alguna, y esto me desconsuela, Enrique; quisiera estar allí para en caso de necesidad velar por las que amamos.

—¿Después de mi partida has sabido algo?

—He salido de Redon dos horas después que tú.... pero durante este tiempo he hablado con el anciano maese Geraud.... Parece que los negocios de Penhoel se encuentran en el estado mas lastimoso. Geraud no me ha dicho todo lo que sabe, porque su discreción iguala á su cariño; pero lo poco que me ha dicho me ha dado mucho que reflexionar.... Figúrate que Penhoel se ve reducido, y esto desde hace mucho tiempo, á tomar dinero de los ahorros del pobre posadero.

—Se ha arruinado, murmuró el jóven pintor.

—¡Lo han arruinado! repitió Roger, y me desaa-

pero al considerar que Diana y Elena no tienen en este mundo mas apoyo que el de René de Penhoel.

Los dos amigos estaban sentados uno cerca de otro en el lecho de Enrique: hubo un momento de silencio; ambos bajaban la cabeza entregándose á sus tristes reflexiones.

—Pero demos tregua á la inquietud, exclamó repentinamente Roger dando un salto. Penhoel tiene aún algunos meses de término, y en ese tiempo trabajaremos.... Y si Dios nos ayuda, las dos hijas del tío Juan no necesitarán de la proteccion de nadie. Haz que me sirvan de cenar, porque he gastado en el camino el último dinero que me quedaba y tengo un hambre espantosa.

Enrique llamó y Roger no tardó en encontrarse delante de los frios restos de la cena de los viajeros.

—No han de ser todas las desgracias, prosiguió con la boca llena, y tengo que agradecer á la casualidad que me ha hecho encontrarte. Si llegas á faltar de aquí, soy hombre perdido. Imposible me hubiera sido seguir adelante ó volverme á Redon, porque me he dejado el reló en Penhoel, y mi traje de caza no vale un luis. Viva la cocina del parador.... es detestable, pero se come esto con gusto.

—Hablemos del castillo, dijo Enrique.

—¡No tall.... Necesito todo mi valor para terminar estas chuletas. Sírveme de beber. Pobre Enrique mio, te disgusta mi alegría, ¡pero estoy tan

contento por haberte encontrado! El principio de mi viaje por Francia ha sido penoso; tan pronto á caballo desde Redon á Rennes como á pié ó en carreta. En Rennes creí hallarte, pero la diligencia habia salido hacia dos horas. Tomé el carruaje de Vitré, un carricoche estrecho é incómodo, destinado esclusivamente á trasportar los honrados vecinos de dicha ciudad y sus familias. En Vitré igual noticia; acababas de partir. Conservaba aún dos escudos de seis libras. Tomé un caballo vitrés que llevaba la cabeza casi metida entre sus peladas manos, y cuya cola roja hubiera causado vergüenza á la cabalgadura de Absalon. Pobre animal, le he hecho salir violentamente de sus costumbres haciéndole galopar durante seis horas.... A cuatro leguas de Lavál cayó rendido delante de una especie de venta, donde lo abandoné á los cuidados de la ventera. Cuatro leguas se andan á pié muy fácilmente cuando al cabo de ellas se espera encontrar un buen amigo. He llegado, te he abrazado, he cenado.... A tu vez cuéntame tus aventuras.

La historia de Enrique no debió ser muy larga, porque media hora despues dormian nuestros dos amigos tranquilamente al lado uno de otro.

X.

DOS SOMBRERITOS DE PAJA.

(CONTINUACION.)

▲ la mañana siguiente fué á llamar á la puerta un criado del parador, previniendo á Mr. Bloreau que milor le esperaba para almorzar.

—¿Quién es ese milor? preguntó Roger.

—El singular personaje de quien te he hablado ayer, respondió Enrique.

—¡Ah! ah! el enemigo de los caballeros, de los bretones y de las mujeres. ¡El general en jefe de los ejércitos del rey de no sé dónde! Tendría una satisfaccion en entablar relaciones con él

—No vayas á burlarte, dijo Enrique; la berlina

le pertenecé hasta Paris y el carruaje está lleno... Si no tienes la fortuna de agradarle, puedes estar convencido de que te quedas en Laval.

En cuanto estuvieron vestidos los dos jóvenes bajaron al salon.

—Milor, dijo Enrique, animado por las bondades con que me habeis distinguido...

Montalt le estrechó la mano.

—¡Lléveos el diablo! contestó. Ayer noche me hablabais como debíais. Ha bastado una noche para hacernos retroceder hasta el enojo de las ceremoniosas fórmulas. ¿Pero á quién tenemos aquí?

Enrique se volvió hácia Roger.

—Tengo el honor de presentaros á Pílates, dijo.

—¡Oh! oh! hizo Montalt.... El verdadero Pílates, dijo.

—El verdadero Pílates.

—El compañero de las escursiones poéticas por las calles de los castaños, el niño del romántico jardín.... el enamorado del otro ángel, Mr. Roger; al menos sabemos vuestro nombre de pila. Sed bien venido; en lugar de dos seremos tres amigos. A esto se reduce todo.

Y tendió la mano á Roger, que se prestaba de la manera mas graciosa del mundo á este recibimiento medio burlon, medio cordial.

Roger estaba por los aventuras mucho mas que Enrique.

Al final del almuerzo hubiérais creído ver una familia compuesta de pocas personas; dos sobrinos

completamente sumisos y un tío demasiado joven para ser prudente.

Pusiéronse en camino los tres bajo tan buenos y alegres auspicios, no sin haber hecho antes saltar tres tapones de otras tantas botellas de champaña. Nuestros tres compañeros de viaje se hallaban poseídos de la mayor alegría, y durante aquella jornada se dijeron en la berlina de la diligencia cosas estremadamente bonitas.

Roger, tal vez porque había sido prevenido con antelación, no se mostró demasiado escandalizado de las herejías de Montalt en asuntos de sentimiento. Estaba colocado entre Enrique y el nabab; cuando los dos adversarios discutían jugaba los golpes. Sin embargo de dar la mayor parte de las veces la razón á Enrique, algunas encontraba eco en el fondo de su naturaleza algo sensual las opiniones de Montalt.

Enrique, por el contrario, permanecía firme como una roca; la elocuencia del nabab se estrellaba contra su heroica virtud.

Las horas pasaban rápidas y risueñas.

La competencia se mostraba algunas veces en los relevos, donde por algunos momentos conseguía pasar delante; Montalt no dejaba entonces ni nunca de lanzar ávidas miradas á la rotonda. Roger miraba también con atención, porque le habían hecho concebir un cuadro encantador en los dos sombreros de paja. Pero precisamente desde que Roger

había ocupado el tercer asiento de la berlina, no mostraban la misma confianza las dos jóvenes.

Durante la primera parte del camino y mientras el único que las había perseguido había sido el nabab, se habían mostrado muchas veces á la portezuela los dos sombreros de paja.

Entonces, que miraba también Roger, aparentaban ocultarse. Su portezuela permanecía obstinadamente cerrada á despecho del calor, y Roger á pesar de sus deseos no tuvo ocasión de verlas.

El día había pasado como un sueño; el nabab cuando le agradaba deponer sus paradojas favoritas, contaba con una verbosidad estremada historietas tan extrañas, que hubieran podido despertar la curiosidad de un muerto. ¡Había visto tantas cosas y recorrido tantos países! Las fabulosas leyendas de la India adquirían al pasar por su boca nuevos atractivos, y cuando pintaba las desconocidas costumbres de aquellos remotos países donde se había deslizado la mitad de su vida, los dos jóvenes, inmóviles y con la boca abierta, no podían cansarse de escucharle.

Cuando hubieron dejado tras sí á Alenzon, Dreux y Montagne, cuando se vió próximo el fin del viaje, se apoderó de Enrique y Roger un sentimiento de tristeza á la idea de la separación.

Las ideas de Montalt estaban también fijas en el mismo asunto, porque desde algunos minutos guardaba silencio, contemplando sucesivamente á los dos jóvenes con una expresión de melancolía.

—¿En qué pensais, milor? preguntó al fin Roger.

—Pienso, replicó Montalt, que sois dos buenos muchachos, leales, inteligentes, valientes, y que quisiera hacer vuestra fortuna.... Poseyendo todo cuanto se necesita para brillar en la sociedad y unidos por un lazo que os sujeta como si lo tuvié-
seis echado al cuello....

—¿Cómo? preguntó Roger.

—¿No ves, exclamó Enrique, que milor vuelve á su tema favorito, que quiere hablar de nuestros amores?

—Es verdad, mi querido amigo, y daría muchísimo porque mi juicio no fuese exacto.... Vos, Enrique, tenéis talento.....

—Sois muy amable.

—Dejaos de eso. Vos, Roger, sois un niño ingenioso, y vuestro carácter amable os abrirá todas las puertas.... Ambos me habeis confiado que sois pobres... Escuchadme: no creais que me burlo... Vais á comenzar una lucha cuyo resultado será vuestra desgracia ó vuestra felicidad.... Decidme: ¿ao debe uno atar las manos y las piernas cuando se marcha al combate?

—Es el momento de coger una bandera, interrumpió Enrique vivamente, algo que os guie en los buenos tiempos y os sostenga en los malos.... Somos filósofos, milor.... Ya sabeis que tenemos muchas preocupaciones. Hacer fortuna no seria un objeto para nosotros si no tuviéramos que compar-

tir con alguna persona querida la felicidad conquistada por nuestros esfuerzos.

Roger estrechó entre las suyas la mano de Enrique, como para decir:

—Ha hablado por los dos.

—¡En eso está el mal! suspiró Montalt; los corazones generosos son siempre los que caen en esa clase de luchas.... ¡Ahl si yo tuviera que convertir á ciertos jóvenes, no tardaria mucho en hacerlo... Pero respondedme, ¿teneis confianza en mí?

—Ciertamente.

—Pues bien; os juro desde el fondo de mi conciencia que el amor cual lo comprendeis es un obstáculo que paraliza todo empeño, una carga que destruye todo vigor, un veneno que enerva y mata....

—Por mi parte siento todo lo contrariol exclamó Enrique poniendo la mano sobre su corazon; el amor cual yo le comprendo es un aguijon para el valor, un cordial para el alma que desfallece, un apoyo para la voluntad que cede....

—¡Niños!.... ¡niños!.... murmuró Montalt con tono sério: hablaba de la piedra que un desgraciado se ata al cuello para ahogarse.... De todas las piedras, la mas pesada, la mas mortal es una mujer amada: creedme!

Enrique conocia ya el modo de terminar todas las discusiones.

—Hablais como pudiera hacerlo un hombre de mucha esperiencia en estos asuntos, replicó.

El nabab dió un salto sobre el cojin de la berl-

na, como si hubiera sentido que tocaba su pecho la aguzada punta de un puñal.

—Sin embargo de tanta virtud, ¿tenemos aún alguna parte de mala fe, mi joven compañero? dijo con impaciencia. ¿Será preciso que os repita que no he amado nunca?... Verdad que algunas veces lo he intentado; pero he visto tan terribles ejemplos, he visto corazones tan nobles y generosos desgarrados y destruidos!...

Y pasó la mano por su frente. La sombría expresión que se advertía un momento antes en sus facciones, había desaparecido para dar paso á una alegría comunicativa.

—Pues bien, hijos míos, exclamó; conservad vuestras preocupaciones. Me parece evidente que vuestra común enfermedad no puede ser tratada con remedios violentos. Necesita un régimen.... A pesar vuestro seré vuestro médico.... Entre tanto comenzaremos nuestra pequeña fortuna.

Enrique y Roger le miraban sin atreverse á interrumpirle.

—Mi mayordomo me ha precedido á Paris, prosiguió Montalt; creo que le encontraremos en la administración de mensajerías, donde como es su deber me esperará sin duda.... Ha debido comprarme una gran casa.... hermosa, buena y cómoda.... el precio me es indiferente.... Necesitaré un pintor para adornar mis salones....

—¡Ah, milor! interrumpió Enrique conmovido

no soy mas que un aprendiz en mi arte.... y no conocéis ninguna de mis obras.

—Os digo que teneis talento y eso basta.... ¿Ireis acaso á rehusar?

—Respondo de que tiene talento, exclamó Roger tomando la mano á Montalt.... milor, teneis un corazón muy noble, y si Enrique rehusa me incomodo con él para siempre.

—Acepto, dijo el pintor en voz baja.

—Y yo os lo agradezco, amigo mio. En cuanto á nuestro alegre compañero Roger....

—¡Ah! por lo que hace á mí, interrumpió éste moviendo la cabeza, sereis muy hábil, milor, si podeis encontrar cosa para la que pueda ser útil, porque no sé hacer nada.

—Únicamente dicen eso los perezosos, Mr. de Launoy. Si quisiérais aceptar á mi lado y al de vuestro amigo una posición de la que nunca abusaré.... tengo una absoluta necesidad de un secretario.

Roger tenia los ojos preñados de lágrimas, pero el nabab parecia aun mas conmovido que él.

—Comprendo bien, añadió con un embarazo que tenia su origen en la mas esquisita de las delicadezas, que un hombre bien nacido, habituado hasta el presente á una vida.... pero os lo repito.... antes que todo soy vuestro amigo.

—¡Milor, milor! interrumpió Enrique, ya veis que Roger acepta, y que cual yo se considera muy feliz al no tener que separarse de vos.

—¿Es así? exclamó alegremente el nabab....
Pues bien, amigos míos, no sé de qué términos valerte para espresaros mi agradecimiento! Y no daría por mil guineas el capricho que tuve de haceros entrar en la diligencia! ¡Ah! seréis mis hijos y mis hermanos, y si quereis no nos separaremos nunca.

—¡Nunca! repitieron Enrique y Roger, mientras que sus manos descansaban entre las del nabab.

La diligencia acababa de detenerse en la barrera de Passy. La competencia, detenida un momento antes, sufría la primera el registro de la aduana. Los carruajes estaban tan próximos uno á otro, que la portezuela de la competencia estaba únicamente á medio pié de la de la berlina.

La tablilla que ocultaba los dos sombreritos de paja estaba cerrada herméticamente.

Pero en el momento en que el modesto carruaje se ponía en marcha dejando á la diligencia sufrir á la vez el reconocimiento, salió por la ventanilla una diminuta y preciosa mano, dejando caer á los piés de nuestros tres viajeros dos billetes diestramente echados.

Montalt los recogió.

—¡Al fin exclamó, nos dan señales de vida! Ya sabía yo que no serian perdidas mis ojeadas.

Sus ojos se fijaron en los dos billetes é hizo un gesto de desagrado cómico.

—¡Oh mujeres, mujeres! prosiguió; siempre la misma disposicion y los mismos instintos. Quien

las ha mirado soy yo, y vosotros á quienes escogen.

—¿Nosotros?

—Habrán averiguado en Laval ó en Alençon vuestros nombres por medio del conductor, prosiguió el nabab.... Lo cierto es que vuestros nombres están escritos en los sobres.

En efecto, uno de los billetes decía: A Mr. Enrique Moreau; el otro: á Mr. Roger de Launoy.

Abriéronlos al fin, y en ellos no se leían mas que estas palabras:

“Esta noche á las ocho delante de la iglesia de Nuestra Señora.”

Los billetes llevaban la misma firma trazada por dos manos diferentes; al pié de cada uno se leían las palabras

HIJA DE LA LUNA.

Si Enrique y Roger hubiesen abandonado un dia despues el castillo de Penhoel, estas palabras, Hija de la Luna, hubiera causado en ellos una impresion sensible. Su memoria hubiera evocado al momento la leyenda dulce y triste que Elena y Diana cantaban con tanta frecuencia antes; hubiesen pensado en las dos jóvenes muertas.

Pero no sabian nada. Cuando por última vez habian visto á Elena y Diana, bailaban risueñas y bellas en el salon de campo. No vieron en esta misteriosa llamada mas que un desafío voluptuoso y un principio de aventura.

—*Hija de la Luna*, murmuró el nabab; es muy indo.... Esto es altamente poético.... Sin em-

bargo, vamos á habérmolas con dos taimadas provincianas, puesto que dan citas delante del átrio de la iglesia de Nuestra Señora. Sin duda creen que va á pasearse allí todo el mundo por la noche como se hará en su lugar. En fin, los dos mortales afortunados....

—No iremos, dijo Enrique.

Roger hizo un gesto.

—¡Bravo! dijo Montalt; don Quijote de la Mancha no hubiera dicho otra cosa.

—No veo inconveniente..... comenzó Roger.

Enrique se acercó á su oído.

—Tal vez á estas horas están leyendo en medio de las lágrimas Elena y Diana tu carta.

—No iremos, repitió resueltamente Roger.

—Entonces, dijo el nabab, será forzoso que vaya yo

Algunos minutos despues llegaban á la administracion de las mensajerías, donde Mr. Jones, mayordomo de milor, esperaba á su amo, de traje negro y con el sombrero en la mano.

Roger, Enrique y el nabab subieron en una elegante carretela que los llevó al galope de dos magníficos caballos hácia el arrabal Saint-Honoré.

XI.

TRES CABALLEROS.

Hacia seis semanas ó dos meses que se había visto establecer en la gran fonda de Las Cuatro Partes del Mundo, situada en la calle de Valois-Batave, delante del Palacio real, una colonia compuesta de extranjeros bastante notables.

Habia tres hombres y dos mujeres sin contar los criados, y vivian en familia sin embargo de que todos llevaban nombres diferentes.

En 1820 las numerosas fondas agrupadas en torno del Palacio real estaban aún habitadas casi exclusivamente por ese pueblo cosmopolita de jugadores y vividores que atraian la ruleta y la gloria europea de las diosas situadas en las galerías.